

MARÍA TERESA GRAMUGLIO  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*MOMENTOS DEL ENSAYO DE INTERPRETACIÓN NACIONAL.  
1910, 1930.*

Lo que voy a exponer no es, como se suele anunciar en estos casos, “parte de una investigación mayor que estoy desarrollando”. A la inversa de lo que supone esa advertencia habitual, se trata de algunas hipótesis, casi conjeturales, derivadas de dos trabajos ya publicados. No me atrevería a llamarlas “conclusiones” ni “certidumbres”. Porque si por un lado estas hipótesis surgieron a partir de unos pocos resultados, por el otro requerirían una exploración mayor para ser confirmadas.

Hace un par de años empecé a preparar un capítulo sobre la literatura del ahora llamado “período de entreguerras” para una historia argentina. El tema no me era ajeno, pues había sido el punto de partida para una larga investigación sobre literatura y nacionalismo. El enfoque requerido se refería al espacio de la literatura culta, y en ese recorte resultaba inevitable considerar los ensayos de interpretación nacional a los que siempre se alude cuando se trata de ese período. Hay ahí una tríada que parece haberse canonizado: *El Hombre que está solo y espera* (1931), *Radiografía de la pampa* (1933), *Historia de una pasión argentina* (1937). Como se buscaba mostrar la dinámica de la literatura en el corte sincrónico

del estado de campo en los años treinta, quise evitar la reiteración de datos ya muy conocidos o internarme en nuevas exégesis de esos ensayos. Preferí entonces desplazar el acento hacia el modo como fueron leídos en la revista *Sur* y a las relaciones que revelaban con las interpretaciones sobre la Argentina elaboradas por visitantes extranjeros como Ortega y Gasset, el conde de Keyserling y Waldo Frank.<sup>1</sup>

Hace un par de meses escribí el segundo de esos trabajos: un estudio crítico para la reedición de *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez. Una condición expresa del encargo editorial era que dedicara una parte bastante extensa al momento histórico de la publicación del libro. Como me sentía poco autorizada para hacerlo desde el punto de vista profesional de una historiadora, opté por presentar la época desde mi perspectiva de especialista en literatura. Es decir, a través de sus libros, y entre esos libros opté por los ensayos de 1910 que me parecieron los más adecuados para desplegar las problemáticas del Centenario.<sup>2</sup>

Estos abordajes sesgados, laterales diría, de esos *dos momentos del ensayo de interpretación nacional* tuvieron el resultado inesperado de desacomodar algunas de las certezas que hasta entonces yo misma tenía sobre el tema en general y sobre esos textos en particular. Quisiera entonces retomar aquí algunas de las cuestiones que la escritura de los trabajos me permitió advertir, con el propósito de revisar ciertos lugares comunes y formular esas hipótesis sobre el ensayo de interpretación nacional que acabo de mencionar.

Cuando inicié la investigación sobre los años treinta tenía fuertemente incorporada la tesis, todavía vigente en muchos estudios tradicionales de literatura argentina, de que la crisis provocada por el golpe militar de 1930 había instalado el ensayo de interpretación nacional como el género literario paradigmático del período, tesis que a su vez se sustentaba en el reconocimiento del ensayo como forma privilegiada para explorar los males de la nación. Ambas tesis se deben de haber

<sup>1</sup> María Teresa Gramuglio, "Una década dinámica. Transformaciones, posiciones y debates en la literatura argentina de los años treinta". Aunque algo desfigurado por la manipulación editorial, el trabajo puede leerse en Alejandro Cataruzza (dir.), *Nueva historia argentina*, Tomo VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

<sup>2</sup> Véase María Teresa Gramuglio, "Estudio preliminar", en Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

combinado para que aquellos tres textos –el de Scalabrini Ortiz, el de Martínez Estrada y el de Mallea– hayan aparecido reunidos a menudo en una amalgama que aplanaba sus diferencias y los convertía en los exponentes por antonomasia de una “ensayística del ser nacional” que habría surgido de la desazón y de la ansiedad por comprender lo nacional suscitada por el trauma de esos años. No podría decir con exactitud –y este es uno de los puntos que se deberían investigar– cuándo cristalizó esta visión. Al examinar la recepción de los contemporáneos, se advierte que no eran percibidos de esa manera, como lo prueban, entre otras, las lecturas que de ellos se hicieron en *Sur*. Tampoco una de las primeras obras que presenta un abordaje de conjunto sobre el ensayo latinoamericano, el *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* de Alberto Zum Felde (1954), relaciona el “intuicionismo” y los aspectos pesimistas y angustiados de los ensayos de Martínez Estrada y de Mallea exclusivamente con la crisis argentina del treinta. Por el contrario, Zum Felde los sitúa en el ámbito más amplio de la literatura latinoamericana y los inscribe en una línea de indagaciones cuyo origen en la nuestra sitúa en los años veinte, y en la que otorga un lugar relevante a otro ensayista hoy escasamente visitado: Carlos Alberto Erro. Sin olvidar, entonces, la falta de una investigación precisa, no parece arbitrario señalar que es probable que en esos mismos años en que se publica el *Índice* de Zum Felde, es decir, a mediados de los cincuenta, la empresa de revisión crítica de la literatura argentina iniciada por la generación de *Contorno* haya contribuido a instaurar aquella visión hoy canonizada.

Aquí se abre otro de los espacios de exploración que deberían completarse. Y se trata de uno bien interesante, pues es posible conjeturar que una de las condiciones que llevaron a esa lectura haya sido la experiencia de una vida intelectual que la generación de *Contorno* sentía como asfixiante durante el peronismo.<sup>3</sup> Lo cierto es que en 1961 esta visión ya está configurada, y es la que anima enteramente el duro estudio crítico de Juan José Sebrelli *Martínez Estrada, una rebelión inútil*. En ese mismo año se la puede encontrar en otro libro, escrito desde otro sector de la izquierda, *Realismo y realidad en la literatura argentina* de Juan Carlos Portantiero. Allí Portantiero escribía:

<sup>3</sup> Con una imagen sugestiva, en un ensayo sobre Martínez Estrada, Adolfo Prieto, miembro del grupo *Contorno*, evoca su lectura de *Radiografía de la pampa* en “largos atardeceres del invierno de 1951”.

El intuicionismo que surge con ímpetu en nuestra cultura después del 30 era una respuesta a los “vacíos” que creaba el fracaso del pensamiento liberal. Frente a la crisis del país que restalló a partir del 6 de septiembre de 1930, la falencia de los instrumentos liberales produjo un “vacío”. Las capas medias, que habían tocado desde 1918 las ilusiones de la hegemonía de la vida nacional, advertían con el fracaso del yrigoyenismo (suspendido sobre el fondo del crac económico), que la ilusión concluía, que todo debía empezar de nuevo.

Portantiero no explica cabalmente por qué, inmediatamente después de una caracterización tan fechada en los años treinta, afirma que “Ese ‘vacío’ angustioso (...)...marca con sus signos de sombra toda la literatura precrítica, toda la literatura de la soledad, nacida alrededor de 1925.” Pero no vacila en sostener que de esa crisis surgió la respuesta “intuicionista”. Y agrega:

El pensamiento de los intuicionistas –Martínez Estrada, Mallea, Scalabrini Ortiz– era una desesperada tentativa de reencontrar vínculos entre los intelectuales y el pueblo-nación. [...] significaba la aceptación fundamental de que una crisis muy honda conmovía al país. Esto los diferenciaba del optimismo *panglossiano*, tradicional de nuestras elites, que tantos estragos hiciera alrededor del Centenario.<sup>4</sup>

Parece claro que la hipótesis de que nuestros intuicionistas buscaban desesperadamente vincularse con el pueblo- nación es una efusión imaginativa de Portantiero, en la que se puede reconocer el espíritu que animaba su compromiso político de los años sesenta. Pero por el momento sólo es necesario retener, además de la tríada canónica vinculada con el golpe del treinta, la visión complementaria de un ensayo del Centenario unánimemente optimista: a esos ensayos me voy a referir más adelante.

Sea cual fuere la genealogía de esta visión o juicio sobre la ensayística del treinta, lo cierto es que dejó huellas incluso en trabajos de quienes son reconocidos hoy como protagonistas notables de los cambios que se han producido en el campo historiográfico en los últimos años del siglo XX. Así, Oscar Terán, en “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”, un artículo de 1983, si bien no dejaba de percibir la diversidad de registros en que se expresaban las críticas e interrogantes que suscitaba la situación generada por la doble crisis económica e institucional, sin embargo sostenía:

<sup>4</sup> Juan Carlos Portantiero, *Realismo y realidad en la literatura argentina*, Buenos Aires, Procyon-Lautaro, 1961, págs. 74, 75, 76.

...es lícito reconocer que los efectos de superficie de la crisis del 30 eran de tal magnitud que la intelectualidad progresista argentina en general se inclinó hacia el relevamiento de sus aspectos más disolventes...[...] De manera tal que *por primera vez en medio siglo* este desquiciamiento del modelo de crecimiento económico y de nación se deslizó hacia el cuestionamiento del tipo sociedad y de cultura hasta entonces hegemónico [...] La muestra de ello es que *sólo la crisis del 30 permitirá, ahora sí, una tematización casi salvaje del objeto nacional*. Tematización por lo demás suficientemente notable, y cuyas expresiones fundamentales se definirán en el interior de diversos registros ideológicos. [...] Todas estas manifestaciones, a pesar de sus evidentes divergencias, mantenían empero un hilo de continuidad en la búsqueda de una realidad que se percibía relativamente impermeable a los esquemas acuñados hasta entonces, y en el espacio escritural recogerían esas temáticas de la tristeza, la soledad o aquella desesperanza tan perceptible en *Radiografía de la pampa* y que permitirá leer en *Historia de una pasión argentina* que este país era “un desierto lleno de palabras”. En síntesis, así como el modelo triunfante en 1880 había sido atacado por corrientes cuya derrota o inconstancia no estaban lejos de revelar su ausencia de alternativas reales para otro paradigma nacional, a partir de 1930 los argentinos descubrían carencias estructurales que los llevaron a replantearse las causas de males cuyos orígenes ubicaron en el proceso de constitución misma de la nación y desembocaron en muchos casos en la negación de aquel modelo decimonónico. Fueron dichos males los que, finalmente, incitaron a la oposición al régimen a identificar esos años de 1930 con el calificativo de ‘década infame’, adjetivación que si bien resultó exitosa como denuncia sobre todo de la política antipopular y del fraude... terminó no pocas veces por obnubilar otros registros en los que el ascenso reaccionario podía resultar acuciante para una reflexión renovada de la realidad.<sup>5</sup>

Diez años más tarde, aquellas huellas persisten en la por tantas razones excelente *Breve Historia contemporánea de la argentina* de Luis Alberto Romero. Después de referirse a algunas manifestaciones del “nuevo nacionalismo” en la década del treinta (el tradicional de derecha, el revisionismo histórico, el integrismo católico, algunas expresiones populares sobre temas históricos y tradicionales), Romero afirma: “La preocupación por lo nacional se manifestó, finalmente, en intelectuales y escritores. Tres notables ensayos expresaron *intuiciones profundas* sobre el ‘ser nacional’ y dieron el marco a una amplia reflexión colectiva.” (pág. 126). Se refiere entonces a los tres ensayos canónicos, (*El hombre...*

<sup>5</sup> Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, págs. 162-164 (cursivas de MTG).

*Radiografía... Historia...*) y, sin precisar los ámbitos o las modalidades en que se habría desplegado esa reflexión común, agrega:

Estos esfuerzos por develar la naturaleza del “ser argentino”, inquiriendo en clave ontológica por los elementos singulares de la sociedad y la cultura, aunque entroncaban en preocupaciones comunes de todo Occidente, eran sin duda la expresión intelectual de esta *nueva* inquietud común por entender, defender o constituir lo “nacional”.<sup>6</sup>

Romero es sin duda más preciso al señalar que esa reflexión no era una particularidad nacional, sino la modulación de una problemática más vasta que atravesaba el pensamiento occidental del período de entreguerras; y tal vez con el adjetivo “nueva” haya querido aludir no a la novedad absoluta, sino a la renovación de esa “inquietud”. Igualmente ambiguo parece el final del párrafo citado de Terán. Sin embargo, estas caracterizaciones de los ensayos del treinta, que yo misma compartía, permanecen a todas luces indisociables de una evaluación historiográfica ya muy sedimentada: resultan en definitiva tributarias de la imagen convencional de esos años que quedó registrada en la mencionada fórmula efectista de “la década infame”, sobre la que no es necesario abundar aquí, porque ya ha sido largamente criticada por la historiografía reciente. Ahora bien, al releer los textos y al investigar sobre los hechos culturales más sobresalientes del período, esa relectura y esa investigación tuvieron la ventaja de estar en buena parte apuntaladas precisamente por esos nuevos trabajos historiográficos que han puesto en cuestión, junto con aquella evaluación poco matizada de los años treinta, la periodización que ponía esa fecha como un parteaguas.

Esa conjunción me condujo a algunas comprobaciones que fueron presentadas y discutidas en reuniones académicas. En primer lugar, permitía poner en cuestión las representaciones macizamente disfóricas de la vida cultural en los años treinta y mostrar el enorme dinamismo del campo literario tanto en lo que hace a la intensidad de los debates –no solamente los debates literarios, sino también los políticos– como a la irrupción de nuevas formaciones culturales, cuyo mayor exponente sería

<sup>6</sup> Luis Alberto Romero, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1994, pág. 127 (negritas de MTG).

la aparición de *Sur*. A partir de esa primera comprobación, y casi como un derivado de ella, surgía una segunda: la centralidad del ensayo como género más representativo o hegemónico resultaba opacada ante la evidencia de la formidable transformación que experimentaba la narrativa en los años que van aproximadamente de 1920 a 1940, esto es, en lo que la nueva periodización historiográfica denomina “el período de entreguerras”. Esa transformación de la narrativa puede sintetizarse en unos pocos nombres que muestran las diversas líneas por las que discurrió: Güiraldes, Arlt, Borges, Silvina Ocampo, Bioy Casares, Bianco, e incluso Macedonio Fernández.

Si así eran las cosas, esto es, si lo nuevo de los años treinta en el espacio de la cultura alta eran la aparición de una formación como *Sur* (junto a otras no menos novedosas en otros sectores, desde *Contra* hasta *FORJA*) y, en el plano de la vida de los géneros, la transformación de la narrativa, ¿qué pasaba entonces con el “ensayo del ser nacional”? En primer lugar, la relectura hacía ahora evidente que, si bien las imágenes de vacío y de inautenticidad eran en ellos recurrentes e intensas, la crisis económica y el golpe militar no aparecían explicitados en ninguno de los textos, ni directa ni indirectamente, como motivación, aunque fuera parcial, de las reflexiones sobre los males de la nación que prodigaban, mientras que otras circunstancias, a veces remotas, como la conquista en el caso de Martínez Estrada, o menos remotas, como la inmigración de principios de siglo en Mallea, adquirirían una gravitación insoslayable. En segundo lugar, se desagregaba el trío canónico. Las diferencias que revelan los tres ensayos, no solamente en cuanto a las imágenes que proponen de la nación, de sus habitantes, de sus males y de sus terapias, sino en cuanto a la posición de los autores en relación con su proyecto literario, en cuanto a sus motivaciones, a las fuentes ideológicas y las redes textuales en que se sustentaban, y sobre todo a los tonos y estrategias de la escritura, todas esas diferencias, en suma, pasaban a primer plano y terminaban por predominar por sobre las coincidencias acerca del objeto interrogado y las inevitables afinidades provenientes del horizonte intelectual de los tiempos. Estas comprobaciones quedaron flotando, y fue solamente al trabajar sobre los ensayos de 1910 cuando pude articular a partir de ellas algunos sentidos nuevos. Paso entonces a los ensayos del Centenario.

El año de 1910 fue singularmente prolífico en ensayos de interpretación nacional. La fecha no era solamente un acontecimiento para celebrar.

Ofrecía, por el poder simbólico de que revestimos a los *saecula*, una ocasión clásica para realizar un balance sobre lo conseguido en los cien años de vida independiente, interrogarse sobre el presente de la nación, que muchos veían inquietante, y formular algunos pronósticos acerca del porvenir. En ese año se publicaron *El juicio del siglo* de Joaquín V. González, *Blasón de plata* de Ricardo Rojas, *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez, y los cuatro libros con que Leopoldo Lugones, siempre excesivo, homenajeó el acontecimiento: fuera de las *Odas seculares*, tres de ellos pueden admitirse, con cierta amplitud de criterio, como ensayos: *Didáctica*, *Piedras liminares* y *Prometeo*. Por supuesto que un recorte cronológico tan estricto de la obra de Lugones es un tanto arbitrario, y de hecho *El Payador*, que es de 1913-1916 y que ha ingresado con pleno derecho en la familia del ensayo de interpretación nacional, se inscribe en la misma problemática de sus libros de 1910, aunque con un signo opuesto; así como, por otro lado, *La restauración nacionalista* de Rojas había anticipado un año antes programas de argentinización, en un registro discursivo que tenía más del tratado que del ensayo.

Lo primero que llama la atención en los textos del Centenario es que, a diferencia de los ensayos de la década del treinta, la referencia a la motivación proporcionada por la fecha es en ellos explícita. Es decir, que en este conjunto el presente funciona como una solicitud fuerte e inequívoca. Y a partir de ahí se puede percibir que, aun con toda su diversidad, estos ensayos exhiben una cantidad de motivos en común que refieren a tres núcleos centrales en los que se condensaban los problemas concretos que preocupaban a la clase dirigente en ese momento histórico: la cuestión nacional, la cuestión política y la cuestión social. La cuestión nacional tenía como motor eficiente la presencia de una inmigración numerosa que requería programas homogeneizadores compulsivos tendientes a crear una nacionalidad. La cuestión política giraba en torno a los vicios de la "política criolla", la misma que también en 1910 era denunciada por Payró en *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* como el obstáculo que hasta el momento había impedido la formación de una ciudadanía que hiciera posible la instauración de la "república verdadera". Se trataba además de crearla, a esa república, en este caso por medio de la reforma electoral. La cuestión social, por último, se originaba en la presencia creciente de trabajadores urbanos, y reconocía como su problema más agudo la necesidad de controlar el conflicto

derivado de sus justos reclamos, sea por vías represivas, sea por la vía reformista de la legislación laboral. Pero si las tópicas muestran la comunidad de las preocupaciones que recorren los textos del Centenario, las soluciones propuestas serán diversas, como eran diversas las posiciones que sus autores ocupaban en el campo literario en función de sus relaciones con el poder: el letrado tradicional que forma parte de la elite dirigente, en el caso de González; los nuevos intelectuales más desligados del poder pero agentes de sus proyectos, en los casos de Rojas y de Lugones; el aspirante a escritor profesional, en el caso de Manuel Gálvez.

A esa diversidad de posiciones de escritor en relación con el aparato estatal puede deberse que *El juicio del siglo*, de Joaquín V. González, sea el texto que se hace cargo con más énfasis de las fallas políticas y del conflicto social, en tanto la crítica de esos males provenía de su clara conciencia de las responsabilidades que en ellos le correspondían a la clase dirigente; de ahí también, quizá, que sea el que con más vehemencia exhorta a realizar las reformas legislativas necesarias para corregirlos y, sobre todo, para evitar los males mayores de la exclusión ciudadana y de la represión indiscriminada de las protestas. En este punto, resulta ilustrativo comparar las posiciones de González con las de Manuel Gálvez. González, formulando a la vez en nombre de la ciencia y de los Evangelios un pronóstico que era en realidad una expresión de deseos, auguraba que a medida que disminuyeran “las ignorancias y prejuicios de las clases superiores” también disminuiría su rigor, y que “en vez de las medidas de exclusión y represión violenta... se buscarían las soluciones jurídicas y las formas de justicia que se avienen con todas las situaciones y conflictos entre los hombres y las clases”. Coherente con ese principio legalista, González recordaba a unos destinatarios que evidentemente identificaba en primer lugar con sus propios pares:

La Constitución ha abierto las puertas de la tierra a todos los hombres y las ideas civilizadas que importen un progreso material o moral para la sociedad argentina; y a menos que se compruebe que las ideas sociales que sustentan las clases operarias constituyen un atraso o un delito o una causa de perturbación del orden político, no se puede arrancar de su espíritu ni de su letra una sentencia por la cual fuera permitido excluir del seno de la masa nacional estos ideales...<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Joaquín V. González, *El juicio del siglo* [1910], Buenos Aires, CEAL, 1979, pág. 151.

Mientras un miembro conspicuo del Estado liberal se hacía cargo del discurso reformista de la legalidad frente al conflicto social, el católico Manuel Gálvez proponía en *El diario de Gabriel Quiroga*, a través de las meditaciones de su *alter ego* ficcional, otras soluciones menos legalistas, que exhortaban al uso de la violencia. Gabriel Quiroga empezaba por reclamar incendios purificadores para “limpiar la vida nacional de las malezas y las hierbas que crecen en su superficie”, y pocas páginas después, se definía así frente al estado de derecho:

La urgencia de afianzar el sentimiento de la nación y los peligros de que el cosmopolitismo haga desaparecer a la república del mapa político, imponen algunas violencias que es preciso realizar aun en delito de faltar a la Constitución y a ciertos deberes humanitarios. Para este objeto la mejor medida de policía espiritual sería expulsar del país a todos los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionalistas. La Constitución es sin duda muy respetable pero la nacionalidad debe primar sobre la Constitución; la salvación de aquélla exige la violación de ésta.<sup>8</sup>

Como se puede ver con estas pocas citas, los ensayos de 1910 revelan que el punto en que se anudaban las preocupaciones sobre las falencias de la organización política y los temores por el conflicto social era la cuestión de la nacionalidad, y que en ese punto, ya superados los problemas de la organización nacional que se habían prolongado casi hasta fines del siglo XIX, el factor insoslayable era el desafío que planteaba ahora la inmigración. Frente a ese desafío, la educación sería considerada herramienta decisiva en la formación de la nacionalidad, como es (o fue) característico en las sociedades occidentales modernas. Y resulta sintomático comprobar que los cuatro autores de estos ensayos estuvieron vinculados con el área educativa, pues ese dato constituye un buen indicador acerca de la articulación de sus críticas y propuestas con las formuladas por la elite dirigente. En 1910 Rojas ya había publicado *La Restauración nacionalista*, y en *Blasón de plata* insistió en las estrategias educativas indispensables para contribuir a la “formación de las almas” y crear un imaginario de la nacionalidad. También Lugones se ocupó específicamente del tema en *Didáctica*, y sigue siendo en verdad notable advertir hoy, a la luz de su evolución ideológica posterior, el modo como rechazaba en ese libro, por un lado, los aspectos irracionalistas de un

<sup>8</sup> Manuel Gálvez, *op. cit.*, pág. 96.

patriotismo como el de Rojas, que apelaba a la fuerza del influjo telúrico y al culto de símbolos y próceres, y por el otro, las manifestaciones de xenofobia que detectaba hasta en los mismos hijos de los inmigrantes. En 1910, un Lugones que no sería desacertado llamar jacobino proponía los principios ilustrados de libertad, de igualdad y de justicia como los más adecuados para evitar el riesgo de tener “una inmigración aventurera y hostil”, y lograr en cambio una verdadera integración de los extranjeros en la vida nacional. Lo que se requería, a su juicio, era formar *ciudadanos* a partir de esos altos ideales de la civilización; ciudadanos, y no patriotas, pues el patriotismo, advertía, presentaba el peligro de conducir al militarismo.

Ese último peligro no parecía inquietar a Manuel Gálvez. En *El diario de Gabriel Quiroga* omitió las soluciones educativas que eran promovidas desde el Estado liberal –soluciones que, como demostraría muy pronto con *La maestra normal*, juzgaba en muchos casos negativas– y a través de su exquisito portavoz propuso primero la guerra con el Brasil como remedio para todos los males que amenazaban a la nacionalidad, entre los que destacó la presencia de los inmigrantes: “La guerra convertiría en argentinos a los extranjeros y el espíritu cosmopolita quedaría destruido bajo la vasta conmoción patriótica. La guerra paralizaría la inmigración que nos desnacionaliza”.<sup>9</sup> Más adelante, registró un oportuno sucedáneo de la guerra para una efectiva recuperación de la “energía nacional”: los ataques a centros anarquistas y socialistas realizados por bandas civiles, que fueron el anticipo de la futura Liga Patriótica Argentina y otras formaciones de combate de tipo fascista. Este rasgo constituye una auténtica originalidad de Gálvez en el conjunto de los ensayos de interpretación nacional del Centenario, y, lo que es más importante, exige reconocer el costado político y poco evangélico de un nacionalismo católico que algunos historiadores han definido como “espiritualista”.

Más consecuente con una actitud espiritualista, Rojas depositaba su confianza en las fusiones futuras garantizadas por un “espíritu de la tierra” que, según sostenía, ya las había producido en el pasado. No obstante, en *La restauración nacionalista*, con un sesgo menos esotérico, había puesto la historia en el centro de las humanidades como la herramienta más adecuada de su programa educativo para la formación de la nacionalidad. Pero es evidente que también la literatura ocupaba para

<sup>9</sup> Manuel Gálvez, *Ibíd.*, pág. 102.

Rojas un lugar de privilegio en esos programas, como lo prueban sus propias creaciones ficcionales y la realización de la monumental *Historia de la literatura argentina* que emprendió pocos años después. En este punto, las coincidencias de los ensayistas de 1910 son innegables. Lugones ya había proclamado irónicamente la importancia de la literatura como empresa patriótica en el Prólogo de *Lunario sentimental*, y en *Odas seculares* puso efectivamente en práctica esa convicción, ahora sin ironía. Manuel Gálvez también asignó a la literatura y a los escritores una función eminente para cimentar la unidad nacional, apelando tanto a una continuidad con las ideas que González había expuesto en *La tradición nacional* como a una crítica de la literatura existente para fundamentar la postulación de su propio proyecto literario: crear la novela argentina moderna en lengua culta.

Se debe agregar aquí que tanto Rojas como Gálvez parecen además haber sido conscientes de las diferencias formales que esas intervenciones suyas de 1910 introducían en la masa de escritos que desde fines del siglo XIX se ocupaban de los problemas de la nación y de la nacionalidad. Con la creación de un personaje ficticio y la defensa del estilo fragmentario de Gabriel Quiroga para las reflexiones sobre los males de la nación, Gálvez atacaba la forma sistemática de los estudios sociológicos que gozaban por entonces de los prestigios de la validación científica. Con ello, si por un lado dirigía un tiro por elevación no demasiado sibilino contra *La restauración nacionalista*, por el otro apuntaba a un nuevo público lector, al que pretendía llegar con formas cultas menos eruditas. Mientras tanto, Ricardo Rojas manifestaba en *Blasón de plata* un idéntico rechazo de las pretensiones doctrinarias, conceptuales o didácticas y advertía sobre la difícil clasificación genérica de su nueva obra, que definía “espontánea como forma y libre como pensamiento”. Tal vez se podría situar aquí, en estos años clave de la constitución de los géneros en la literatura argentina, el surgimiento de una cierta conciencia reflexiva acerca de las particularidades específicas y las múltiples posibilidades del ensayo como forma.

Me he extendido tal vez demasiado acerca de estos textos del Centenario para mostrar no solamente esa comunidad en la diversidad que los recorta como un conjunto reconocible en un momento específico de la tradición del ensayo de interpretación nacional. También para sugerir

que distan de exhibir un optimismo *panglossiano*. Por el contrario, en todos ellos, como se habrá advertido, son bien perceptibles las preocupaciones acerca de los peligros que a juicio de los autores acechaban a la nacionalidad. En ese sentido, los ensayos del Centenario se deberían inscribir en una tradición de reflexiones críticas que se venían esbozando desde la instalación del Estado modernizador en 1880 en los textos de Miguel Cané, de José María Ramos Mejía, de Carlos Octavio Bunge, de Ernesto Quesada.<sup>10</sup> Una serie en la que bien puede incluirse también *Conflicto y armonías de las razas en América* de Domingo Faustino Sarmiento (1883), y que la crisis de 1890 no hizo sino activar, multiplicando las expresiones de alarma frente a los efectos no deseados del programa del Estado liberal, alarmas que, no es inútil reiterarlo, eran formuladas en muchos casos por los mismos que tenían a su cargo llevar a cabo aquel programa. Las marcas textuales de esa doble continuidad están claras: Gálvez dedica *El diario de Gabriel Quiroga* a Mitre y a Sarmiento. Rojas pone como epígrafe en *Blasón de Plata* el pasaje tantas veces citado de *Conflicto y armonías* en que Sarmiento se pregunta si somos nación y si somos argentinos, “desde cuándo y hasta dónde”.

Vistas así las cosas, un primer resultado de estos trabajos fue el de reforzar una hipótesis que yo misma ya había formulado anteriormente: la de que, contrariamente a lo que sostienen algunos estudios ya clásicos, el “primer nacionalismo argentino”, llamado también “nacionalismo cultural”, no sería el que predicaron Manuel Gálvez y Ricardo Rojas en sus libros del Centenario, sino el que puso en práctica el Estado liberal modernizador con sus programas educativos y otras estrategias culturales y sociales. En segundo lugar, en lo que hace al tema específico de este coloquio, la comprobación de que, desde sus mismos orígenes en el siglo XIX, la cuestión del “ser” de una nación que surgía sobre una lengua y una cultura trasplantadas estuvo asediada de preguntas e interpretaciones, y que en el ámbito de la literatura (y no sólo en él) la generación del 37 tiene un papel liminar en la configuración de esta tradición interpretativa. Se podría afirmar, por lo tanto, que a partir de ella el ensayo de interpretación nacional, el ensayo que interroga el “objeto nacional”, recorre como un hilo rojo toda la historia de la cultura argentina, aunque sin duda en esa larga trayectoria

<sup>10</sup> Véase Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000.

hubo acontecimientos históricos que lo convocaron con mayor intensidad: el rosismo, la crisis del noventa, el Centenario, la crisis de los años treinta... Si esto fuera así, cabría concluir que sólo una adjudicación retrospectiva, articulada con la operación ideológica de la poderosa “invención” de la “década infame”, pudo unificar tres textos tan singulares como *El Hombre que está solo y espera*, *Radiografía de la pampa* e *Historia de una pasión argentina* y sostener la tesis de que constituían tanto la expresión de una problemática nueva, la tematización de la nacionalidad, como la manifestación palpable de la emergencia de un género también nuevo, un “ensayo del ser nacional” que, en rigor, se revela indisociable de la existencia misma del proyecto de construcción de la nación.

Posdata: Además de esa posible conciencia de la forma que revelarían los ensayos de 1910, lo expuesto sugiere otra diferencia significativa entre estos dos momentos que sería interesante explorar: cómo es considerado el Estado y cuáles se infiere que deberían ser sus funciones. Una diferencia aparente es la mayor articulación de los ensayos del Centenario en torno a los programas del Estado liberal, y hasta su coincidencia con ellos, aun desde posiciones alarmadas o críticas. Los ensayistas paradigmáticos del treinta, en cambio, están efectivamente más desligados de un Estado del que parecen esperar muy poco, y al cual, por otra parte, consideran incluso ajeno, inauténtico.